

SERMON
DE SAN FRÚTOS,

PATRON DE SEGOVIA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

In monte saluum te fac, ne et tu simul pereas.
Ponte á salvo retirándote al monte, no sea que perezcas tú también.

Génesis, c. 19. v. 37.

La fuga y retiro del mundo. He aquí, católicos, una virtud muy conforme con la ley divina y la que se nos recomienda con mas frecuencia y mas instancias en la sagrada Escritura. Este es el primer consejo que el apóstol san Pedro lleno de las luces y dones del Espíritu santo, da á las almas fieles y temerosas de Dios: huid de entre esta generacion corrompida. Este es el primer pensamiento que Dios inspira á aquellas almas que llama á su seguimiento y que quiere elevar á la perfeccion. Esta es una práctica tan necesaria, que el apóstol san Pablo la recomendaba tan eficazmente, que parece que reducía todo el fruto de la Encarnacion del Hijo de Dios á esta separacion y retiro del mundo: de un mundo engañoso y perverso en donde las costumbres se corrompen con la relajacion, las verdades se envuelven entre los errores, las virtudes se destruyen con los malos ejemplos, los vicios se aumentan con la impenitencia y la desenvoltura y falta de freno: de un mundo en que reina y domina la mentira, la vanidad penetra en los corazones de todos; la utilidad y propio interes ocupa los pensamientos; en que aunque nosotros no queramos se engendran insensiblemente en nuestras almas pensamientos y deseos mundanos,

no viendo ni oyendo sino obras y conversaciones mundanas; en que el pecado toma fuerza con las ocasiones frecuentes de cometerle, con las costumbres que llegan á hacerse necesidades, con los ejemplos de que nos dejamos arrastrar, con la ambicion y el deseo de complacer que se nos comunica sin sentir. Entre el bullicio y tumulto del mundo claman las turbas: *Tolle, tolle, crucifige eum*, porque en las ciudades y pueblos habitados y concurridos abunda el pecado, que es el que crucifica de nuevo á Jesucristo, y en los lugares solitarios es donde se atiende á la contemplacion y servicio de Dios.

¿Cómo no habia de temer san Frútos los peligros y los pecados tan comunes en el siglo desgraciado que le vió nacer? Siendo discípulo fiel y amante de Jesus, ¿cómo no habia de preferir retirarse y huir del mundo á vivir entre los pecadores, á tener una vida agitada entre el tumulto, á poner en peligro su salvacion, inquieta su conciencia y dudosa su suerte para toda la eternidad? ¿Extrañamos que luego que tuvo conocimiento suficiente para conocer los peligros, ántes de contagiarse con los vicios y envolverse en las redes de los pecados, se desprendiese de sus bienes, los distribuyese á los pobres y saliese huyendo de la ciudad, aplicándose á sí mismo las palabras de los ángeles á Lot despues de haberle preservado del incendio de las ciudades infames? *In monte saluum te fac, ne et tu simul pereas.* Huye, no te quedes cerca de esta region en que se respira el ambiente de muerte; retírate al monte, no sea que tú tambien perezcas.

¡Qué importa, amados oyentes míos, qué importa que un siglo de ignorancia, de turbaciones y trastornos no cuidase de transmitirnos noticias minuciosas de la vida de nuestro patrono y de sus grandes y heróicas virtudes! ¡Qué importa que las continuas guerras, la devastacion de los sarracenos, y tantas y tan repetidas calamidades como han afligido á la España nos hayan privado del gusto de saber los nombres, destino y profesion de los padres de san Frútos y la ocupacion de este en sus primeros años, si nos basta para honrarle y gloriarnos de tenerle por nuestro patrono el saber su heróica resolucion de huir del mundo y refugiarse en la soledad!

Gloriémonos en el Señor y bendigámosle, porque ha querido favorecernos con tener en su reino un ciudadano nuestro que abogue por nosotros, que mire por su pueblo, que haga

descender las bendiciones de Dios sobre sus necesidades ; porque quiso elegir de entre nosotros un justo que contuviese sus venganzas , le adorase en espíritu y verdad y le amase con todo su corazón. Gozémonos de tanta dicha con toda la efusion de nuestra alma. En este día consagrado á venerar su memoria , recordemos sus virtudes y pongámonos de nuevo bajo su protección. Nada mas necesitamos para hacer el debido elogio de nuestro patrono. Yo quisiera hablaros hoy mas bien con mi corazón que con mis palabras. La magnificencia de este templo , el respeto que infunden las venerables reliquias de nuestro patrono , el ansia con que se agolpan las gentes de todas clases y condiciones á oír todos los años las glorias de nuestro santo , que léjos de molestar , son oídas siempre con placer y edificacion , son pruebas suficientes del heroísmo de nuestro san Frutos , de vuestra grande devoción á nuestro comun bienhechor y de vuestras buenas disposiciones para oír su elogio.

Para satisfacer en cuanto me sea posible vuestra piedad , reduciré mi discurso á deciros que se retiró á la soledad por librarse de la corrupcion y conservar la virtud , que se santificó en ella , y que fué el consuelo y protector de quien se valió Dios para amparar y defender á los fieles perseguidos.

Con el espíritu y ternura de nuestro patrono acerquémonos á la Madre de todas las gracias María santísima , para que nos alcance de su Hijo las que necesitamos , y digámosla con el ángel : *Ave María.*

En todos tiempos ha sido el retiro y fuga del mundo un medio muy seguro y muy conveniente para conservar la virtud y preservarse del contagio de la depravacion de costumbres. Cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, esto es: deleites, riquezas y honores; estas son las armas de que se vale el demonio para tentarnos; y el que se retira del mundo deja al demonio sin armas, le quita las fuerzas y aniquila su poder. El que tiene deseos de conservar su inocencia y su pureza, debe apartarse del bullicio del mundo, dice san Juan Damasceno, para poder conservar su alma libre de toda distraccion, y su corazón exento de todas las inquietudes. Abunden los demas

cada uno en su sentido, decia san Gerónimo, para mí las poblaciones son una cárcel y el desierto es un paraíso. Tenga en hora buena Roma sus diversiones y espectáculos, decia el mismo santo, véanse crueldades en la arena, locuras en el circo, impurezas y lascivia en los teatros; á nosotros nos es mejor que todo unirnos al Señor y poner en él toda nuestra esperanza, para que hallando cosas tan grandes en el cielo nos avergoncemos y arrepintamos de haber apetecido las que son tan pequeñas, tan viles y tan percederas en la tierra. ¿Cuánto mas necesario y mas conveniente será para el justo huir del mundo cuando no puede salvarse sino huyendo del furor de las impías Jezabeles, y cuando se contempla, como Daniel, mas seguro entre los leones que con los idólatras Nabucodonosores?

Por los años de 642 abundaba en España la abominacion y el escándalo, y nuestra ciudad se dejó llevar del ejemplo comun y se inficionó del contagio. ¡ Pecados de los reyes y de los pueblos, vosotros provocasteis las divinas venganzas y atrajisteis sobre nuestro suelo los terribles castigos! La Ley santa del Señor era desatendida y despreciada, y se vivía en la relajacion, el desenfreno y la licencia. Los enemigos del nombre de Jesucristo habian de apoderarse de nuestra patria y privar á sus habitantes de sus bienes y de su libertad. La morisma habia de inundar nuestro suelo y hacerle teatro de sus crueldades en castigo de su olvido de Dios y de su ley. Toda la carne habia corrompido sus caminos como en los días de Noé, y ántes de hacer sentir sus venganzas el Señor, quiso que nuestra patria experimentase sus misericordias. En nuestra ciudad nació san Frutos de unos padres virtuosos que supieron criarle en el temor de Dios, así como á sus hermanos san Valentin y santa Engracia. Bien pronto conoció los peligros y la corrupcion general, y se aplicó como Noé á clamar al Señor y dirigirle sus fervorosas oraciones, para que se apiadase de su pueblo aletargado y sumergido en los vicios. Procuraba en cuanto estaba de su parte desagrar al Señor y recompensar con sus obras buenas las ofensas que le hacia la multitud, y encaminar por la verdadera senda á todos con sus palabras, sus ejemplos y sus buenas obras; pero la mentira y la maldad jamas ha sufrido con paciencia las reclamaciones de los justos; se ha ensoberbecido en sus triunfos y ha despreciado y perseguido al que ha intentado detenerla en su carrera. Vióse en su juventud san

Frútos reducido á llorar en silencio los desvarios y locuras de su pueblo temerario é ingrato, que sordo á sus llamamientos se precipitaba á su ruina; y de acuerdo con sus santos hermanos vendió sus cuantiosos bienes, lo distribuyó todo á los pobres y huyó á ponerse á salvo en el monte, por no exponerse á perecer con los demas, inspirado por la gracia de Dios que dirige á sus escogidos. *In monte salvum te fac, ne et tu simul pereas.*

Desprendióse con facilidad y sin pena de todos sus bienes y sus riquezas, que no le servian sino de lazos que le ataban, y de una prision que le obligaba á vivir entre las abominaciones y peligros de la ciudad; rompió generosamente todas las cadenas que le estrechaban con el mundo, y quedándose sin otros deseos que los de conseguir su salvacion eterna, salió con sus hermanos Valentin y Engracia á donde los deparase el cielo, y que pudieran procurarla sin estorbo por todos los medios posibles. Los nuevos y esforzados anacoretas prefieren pasar su vida en los lugares desiertos, y entre la compañía de las fieras que eran ménos perjudiciales y temibles que los hombres. ¡Montañas de la Hoz! ¡Ásperos riscos y concavidades espantosas de las inaccesibles y altísimas peñas que baña el rio Duraton! ¡Escabroso desierto cuya vista llena de horror al hombre, y en que solo se abrigan las fieras y las aves de rapiña! Vosotras fuisteis la morada que eligieron san Frútos y sus dos hermanos para ponerse á salvo de los peligros del mundo, y entregarse de lleno á la vida espiritual. En vosotras pusieron sus plantas los virtuosos fugitivos de Segovia y se ocultaron de la vista de los hombres, no para librarse del peso de sus crímenes y de la confusion y vergüenza de sus delitos, sino para no mancharse con la corrupcion de la ciudad, y conservar su virtud. En vuestras asperezas fabricaron, donde todavía se conservan las señales, unas pobres ermitas que sirviesen de habitacion y oratorio, y separándose unos de otros para vivir en una completa soledad, san Frútos eligió para sí lo mas alto de la montaña, que es tambien lo mas áspero y espantoso.

Al fijar la vista en las piedras que sirvieron de abrigo y de refugio á san Frútos, creeríamos ver la cueva de algunos leones, osos ó fieras sanguinarias y devoradoras. Pues aquel sitio de horror y de espanto es el que sirvió de habitacion, de casa y de palacio á un hombre rico y de una ilustre familia de Segovia.

via. Es donde habitó por muchos años san Frútos despues que renunció á las pompas y vanidades del mundo, y se apresuró á ponerse á salvo de su comun corrupcion. ¿Pero fué san Frútos un gran pecador, que aterrado con el enorme peso de sus delitos, y despedazado interiormente con los crueles remordimientos de su conciencia, buscó el retiro del mundo, y un sitio escabroso apartado del trato y la vista de los hombres, para aplacar la justicia de Dios con una penitencia que correspondiese á los excesos de su vida pasada? ¿Huyó al desierto cansado del mundo, corroído, y enojado ya de los vicios á consagrar á Dios el resto de sus años, despues de no haberse perdonado ningun género de placeres? No, amados oyentes. En la flor de su vida abandonó la ciudad, y llevó consigo la virtud y la pureza que jamas habia perdido. Huyó al monte por salvarse y no exponerse á perecer; por librarse de la corrupcion que no podia estorbar ni contener en sus paisanos, y por conservar su virtud fuera de las ocasiones y peligros.

Y ¿en qué se ocupaba san Frútos en su soledad espantosa? Esto es, señores, lo que el mundo carnal que se alimenta de los placeres, de los pasatiempos, del interes y la ambicion, no acierta á entender, ni concibe cómo pueda el hombre pasarse años enteros en la soledad y el oscurecimiento, ocupado solamente en alabar á Dios y bendecirle y procurar su salvacion, uniéndose anticipadamente desde la tierra á los ángeles y santos del cielo. Esto es lo que no puede sentir ni explicar el hombre que no tiene otras ideas, otros deseos ni otras miras que las miras y deseos carnales y terrenos. La vida del justo en el desierto y retiro del mundo es para el hombre del mundo una insensatez, una locura, es un exceso de fanatismo, un estado que no puede calificar, y que mira por lo ménos con desprecio. Yo quisiera sacarle de su error, si me fuera posible, y darle á conocer que en el desierto se ocupan las almas justas en servir y alabar á su Dios, que es la ocupacion mas digna del hombre y la mas acreedora á nuestros respetos; que en el desierto se perfeccionan y acrisolan las almas y por él entran en el paraíso del cielo; que el desierto es el horno donde se forman los vasos del Rey supremo, y adquieren la brillantez y resplandor con el martillo de la penitencia y la lima de la saludable correccion; en que se consumen las imperfecciones del alma y se depone toda la escoria del pecado, como dice san Pedro Damiano. Que el de-

sierto y la vida solitaria es, como dice el mismo santo, la feria y comercio en donde se cambian las cosas terrenas y transitorias por las celestiales y eternas. Que si horroriza la soledad del yermo, al solitario le recrea el pasearse con su contemplacion y su alma por la inmensidad del cielo, como dice san Gerónimo. Que el solitario en el desierto es un nuevo colono del paraíso, que no ya solo, sino que acompañado de Jesucristo ve la gloria de Dios que los apóstoles no vieron sino en el desierto. Que en el desierto nacen las piedras preciosas de que segun el Apocalipsis se construye la ciudad del gran Rey, como asegura el mismo san Gerónimo. Me valdré de un medio mas sancillo, mas persuasivo y eficaz, del ejemplo de nuestro patrono, y diré sin temor á las cavilaciones y sutilezas de la orgullosa y altanera ciencia del mundo y de la sabiduría de la carne, sin que la mas osada impiedad se atreva á desmentirme: que san Frutos se ocupó en el desierto en santificarse y prepararse la escala para subir al cielo. Diré que por espacio de muchos años vivió escondido entre las piedras como si estuviera encerrado en un sepulcro, extraño á toda la naturaleza, escondido hasta de los rayos del sol, mas muerto al mundo que los que yacen en los panteones, y sosteniendo con las yerbas silvestres que producen aquellos riscos una vida mortificada. Diré que en el inaccesible desierto de la Hoz donde jamas se vió vestigio de habitacion de hombres, le abandonaron hasta las fieras saliéndose de sus cuevas, no por miedo de ser perseguidas, sino por no perturbar su atencion é inquietar su soledad. Que su espíritu estaba mas distante todavía del mundo que su cuerpo, porque su conversacion estaba toda en el cielo. La contemplacion, el trabajo, la oracion, el cántico de las divinas alabanzas le ocupaban los dias y las noches. Cuanto mas vacío se quedaba del mundo, tanto mas se llenaba de Dios. Las consolaciones que sentia en su alma engendraban un gozo puro sin mezcla alguna de mal; conversaba lleno de placer con su Dios, y como el grande Antonio Abad, prorumpia en quejas amorosas cuando con tanta prontitud salia el sol y no le permitia amar y servir á su Señor con descanso y en el silencio de la noche todo lo que queria.

El espíritu tentador no podía sufrir tanta virtud en unos tiempos en que todo se sujetaba á su tiranía; pero sus astucias y sugeriones solo sirvieron para confundirle y avergonzarle,

y para tener á san Frutos en una continua vigilancia. Sabia este que la oracion y humildad, la mortificacion y el ayuno son las armas poderosas con que se vence al demonio, y su ayuno era continuo, su alimento el preciso para sostener un cuerpo extenuado con los rigores de la mortificacion, su sueño el necesario para aliviar algun tanto sus fuerzas, su oracion interrumpida solamente por sus suspiros y cánticos de alabanzas y accion de gracias. Así se ocupaba san Frutos en su soledad. Así se santificaba y trabajaba en el negocio de su salvacion, que es lo mas importante, lo mas recomendable y lo mas digno del hombre.

No podía sin embargo mirar con indiferencia las impiedades y excesos de su pueblo, y levantaba su voz al cielo pidiendo clemencia y misericordia: se esforzaba para que sus súplicas llegasen mas arriba que el clamor de los que pasaban los años en añadir pecados á pecados, y para que se anticipase el ruego del amigo á la ofensa del ingrato. Cargando sobre sí con los pecados de su pueblo, como si él fuese el reo de los crímenes y abominaciones de su patria, se imponia el deber de satisfacer por todos, aplacar á la divina justicia y contener sus venganzas con sus lágrimas, sus cilicios, con todo género de espantosas mortificaciones y penitencias. Allí hubiera muerto víctima de su amor á Dios y de su celo por el bien de los hombres, olvidado y desconocido de todos, si el Señor no le hubiese destinado para ser el consuelo y el protector de los fieles perseguidos.

Si bien las oraciones y penitencias de san Frutos y sus santos hermanos contuvieron los castigos de Dios y las venganzas decretadas en los consejos eternos, en los juicios de su adorable Providencia estaba dispuesto que nuestra patria purgase sus crímenes, y que al fin llegase el día de la correccion, diré, mas bien que de las venganzas. Miéntras san Frutos oraba fervorosamente al Señor por los pecados de su pueblo, y le pedia que pusiese término á los crímenes en que estaba inundada su patria, los sarracenos despues de haber vencido al rey de los godos y disipado su ejército, no solo subyugaron las Andalucías, sino que llegaron á enseñorearse de las Castillas.

Los segovianos entónces, errantes y fugitivos, no hallaban asilo ni seguridad sino en las asperezas y montañas, y muchos se acogieron á los desiertos de la Hoz para salvar su religion y

su vida. Allí encontraron á san Frútos, que lloró con los fugitivos las calamidades de su patria, y les sirvió de escudo, de protector y defensa. Los exhortó como un padre, como un apóstol á perseverar en la fe sin temor á los tormentos. Su celo se extendió á penetrar por entre los mismos sectarios de Mahoma que se habian apoderado de los pueblos de los contornos, procurando con sus vigorosas y enérgicas amonestaciones que saliesen de sus supersticiones y abrazasen la ley de Jesucristo. Semejante conducta no podia ménos de irritar á los mahometanos orgullosos con sus triunfos y obcecados en sus errores, y dispusieron pasar á quitar la vida al solitario atrevido y á cuantos le acompañaban; pero san Frútos, si bien deseoso de dar su vida por Jesucristo, lleno de compasion y enternecido con los clamores de tantos cristianos refugiados entre aquellas breñas, salió sin temor al encuentro de sus verdugos, apoyando sus débiles carnes extenuadas con los años y las penitencias en un báculo; y lleno de confianza en el Señor les intimó que no pasasen de la raya que les señaló con su báculo sobre una piedra, y la piedra se abrió de arriba abajo en el momento, como se ve hasta hoy, quedando así burlados los mahometanos y llenos de consuelo y esperanza los cristianos.

Ya habia dado frutos abundantes y sazonados este árbol plantado junto á las corrientes del Señor, ya habia fortalecido y animado á los cristianos á sufrirlo todo ántes que perder su fe, ya habia edificado con sus palabras y sus ejemplos á sus conciudadanos, ya estaba lleno de méritos y virtudes, y el Señor dispuso llevarle para sí, enviándole una muerte pacífica y preciosa á los 73 años. El Señor le llevó á la patria del descanso para premiar sus méritos con su gloria, y para que fuese desde el cielo nuestro patrono y protector poderoso. Continúad, santo patrono, dispensándonos vuestros favores y logrando del Señor que desciendan sus gracias sobre esta diócesis, su prelado, sus sacerdotes y sobre todos los fieles, para que se conserve entre nosotros pura la fe en un siglo en que tanto domina la impiedad, y que se corrijan y purifiquen las costumbres.

Y nosotros todos, no nos hagamos indignos de su proteccion, imitemos á san Frútos y vivamos en el mundo como si no viviéramos en él. Hagamos del mundo mismo un desierto viviendo léjos y desprendidos de sus locuras, de sus vanida-

des, de sus placeres, de sus ocasiones y peligros. Desechemos de nuestra alma todos los cuidados y pensamientos vanos y nocivos, todo lo que pueda estorbarnos el unirnos á Dios, pongamos en él nuestra confianza y todos nuestros deseos. Seamos solitarios, no con el cuerpo, sino con la intencion, con la devocion, con el espíritu. Nuestra alma bendiga al Señor en todo lugar de su dominacion, y san Frútos se complacerá en ser nuestro patrono, y el Señor nos premiará tambien.

Haced, Dios mio, que todos cantemos vuestras alabanzas con san Frútos en el cielo. Así sea.